

nombres de Carlo Bó, Edoardo Sanguineti, Piero Gelli, Gina Lagorio, etc. Eran los años esperanzados, suaves años de promesa y bendición en los que, por el Campo dei Fiori, paseaba Rafael Alberti su arboleda perdida entre puestos de sandías, margaritas fresquísimas, y ese, siempre levísimo, puñado sureño de tierra exiliada a la hora en que tiene el río de Roma, según el decir de José María Valverde, color de hoja seca. Acudíamos, los domingos húmedos de enero, por la tarde, al Colegio Español, detrás de la Plaza Navona, para que nos tradujese Luis Alonso Schökel al profeta Isaías; o José Luis Martín Descalzo a Salvatore Quasimodo con tanta naturalidad. Emilio Montes, cerca de la Vía della Palombara, nos describía y proclamaba inimaginables sucesos encantadores y solemnes de la histórica e inverosímil ciudad de Orvieto, tan volandera y soleada. Terminamos por leernos, con gratísimo enamoramiento universal, casi toda la poesía inglesa en italiano, y hasta el mismísimo Federico García Lorca en toscano musical y traslúcido. Después comenzamos a verter al español a Lucio Zaniboni, Anna Ventura y Pietro Civitareale con la impagable y deleitosa ayuda de Bruna Cinti, de Carlos Vitale, de Antonio Fernández Molina, de Pilar Gómez Bedate y de Manuel Moreno. Los compañeros italianos de Lago de Como, Palermo, Florencia y Venecia tradujeron el pliego de "Los Pobres" de Juan Torres Grueso, fábulas de Nicolás del Hierro, melancolías ecuménicas y vociferantes de Félix Grande, y alguna canción nuestra del librito, inocente y enamorado, "Un rostro va en su música". Claro que es Italia un país brillantemente hermoso. De modo y manera que la revista artesanal de "El Cardo de Bronce" no podía menos de intentar continuar enderezando su andadura por estas quinterías y estos rodales al sol. El alcalde de Tomelloso, que es un alcalde manchego muy italiano, ha terciado en estos asuntos y ha decidido, como las musas y el requerimiento del corazón mandan, que estos cuadernos de poesía y pensamiento de su pueblo volviesen a salir a la gracia del aire, al cosido artesanal de sus pliegos, para loor y regocijo de Tomás Casero Becerra y para nuestro mancheguismo irremplazable, porque llegó por acá una vez Angel Crespo, desde los canales decadentes y culturalistas de Venecia, y no cesa de continuar enviándonos libros emocionantes sobre Carlo Betocchi, Pietro Civitareale; o Lucio Zaniboni "La filigrana dell'essere", una imponderable antología en la que encienden su purísimo idioma italiano, Mario Grasso, Massimo Grillandi, Gilda Musa, Benito Sablone, Giuseppe Marchetti, Giancarlo Pandini, y un largo etcétera encandilante e interesantísimo de la última hornada de las letras del país fraterno al que dedicamos ahora, a ver si no cunde ya la desesperanza del aburrimiento, un número apretado y dilecto de nuestras ásperas hojas secas; puesto que la flor del cardo tiene siempre pretensión de permanecer. Continuemos, pues. Sigamos adelante con unos cuadernos necesariamente inútiles e inútilmente necesarios.

Decíamos y decimos que es Italia un país muy hermoso y deslumbrador. Su honda y anchísima poesía peninsular viene, de siglos, gratísima y gemelamente emparentada con la española. Tenemos tradición de compañeros inconfundiblemente bien acostumbrados al encuentro y la amistad que la poesía prodiga. Hermanan mucho los acontecimientos poéticos. Ojalá que este nuevo número de "El Cardo de Bronce" signifique y sea para líricos italianos y españoles como el jubiloso prodigio de pretender juntar las aguas del Tiber con las aguas del Guadiana. ¡Vaya atrevimiento el nuestro, queridísimo Garcilaso, queridísimo Juan Alcaide, queridísimo señor Dante Alighieri!